

(Reunión Pública, Academia Nacional de Educación, 6 de octubre de 2003)

Lectura y escritura: pilares del sistema educativo

Guillermo Jaim Etcheverry

El solo hecho de vernos obligados a afirmar desde la convocatoria a este encuentro, que en la lectura y la escritura se encuentran los pilares del sistema educativo, constituye la mejor definición del estado en que nos encontramos. Con el tiempo, la institución escolar ha ido dejando de pensar que en esas habilidades – leer y escribir – se encuentran las bases del complejo proceso de formar una persona.

El abandono de esta convicción, que la escuela sostuvo hasta no hace mucho, se advierte en la alarmante comprobación de que son ya escasas las personas, jóvenes y no tanto, que poseen la capacidad de articular frases simples con comienzo, desarrollo y final; de mantener una idea lineal, guiada por el texto y de retener algo de lo que han leído.

El ejemplo de Francia ilustra acerca de la trascendencia que algunas culturas asignan a la lengua. Como los franceses manejan cada vez peor su idioma, aprenden y razonan menos. Dice Philippe de Rousillon, ex diplomático y presidente de la Unión Latina: “El problema no es sólo que los jóvenes hablen mal su idioma; el problema es que, sin dominio del lenguaje, no hay sistema lógico posible y, si falla la lógica, no hay capacidad de aprendizaje ni de reflexión”. Por eso, las autoridades educativas francesas han propuesto volver a la enseñanza del latín que, en Alemania, es conocido aceptablemente por, al menos, el 20% de los alumnos que completan su educación media. Para muchos, el latín confiere un rigor mental que no sólo está relacionado con lo humanístico, sino, curiosamente, sobre todo con el conocimiento científico. ¿Imaginan ustedes la reacción de una sociedad utilitarista y pragmática como la argentina en caso de que alguien propusiera volver, es decir, ingresar a la enseñanza del latín?

El actual retorno a los estadios primitivos, anteriores al lenguaje que se estimula con ese abandono de la convicción que la lectura y la escritura son los pilares de la educación, constituye una seria amenaza para el futuro de nuestra civilización. Al respecto señala el pedagogo Benedetto Vertecchi, director del Centro Europeo de Educación:

“La alarma es conocida desde hace tiempo: estudiantes analfabetos, profesores preocupados, una escuela incapaz de transmitir cultura. Las características de la nueva

ignorancia son: incapacidad de hablar y de escribir, pobreza del lenguaje, expresión mediante interjecciones, frases hechas, eslóganes. Asimismo, incapacidad de realizar simples operaciones matemáticas, de elaborar conceptos, de poseer nociones. El término técnico que define esta situación es el analfabetismo funcional, posiblemente el mal del próximo siglo. Así como el siglo XIX pasará a la historia como el siglo de la escolarización, según algunos futurólogos, posiblemente el XXI puede llegar a ser la era de la muerte de la lectura y de la escritura. Vamos hacia una caída de la competencia verbal, los niños conocen cada vez menos palabras y esto es peligroso porque equivale a menos ideas, menor posibilidad de un pensamiento articulado. Posiblemente se deba a que la comunicación de masas debe alcanzar a un público lo más amplio posible y, para lograrlo, simplifica el mensaje. La lógica didáctica ha seguido con frecuencia esta práctica en vez de estar, como toda buena didáctica, algo por encima de quien la reciba.

Prosigue Vertecchi:

“Existe la posibilidad de que el dominio del lenguaje escrito y hablado se convierta en privilegio de una elite. Algún futurólogo estadounidense ha afirmado que basta con que un séptimo de la población sea competente, el resto puede estar constituido por consumidores de medios de comunicación. Por eso, la escuela debe apuntar, sobre todo, a las competencias alfabéticas sin dispersarse en tantas y tan variadas iniciativas. Las grandes universidades de los EE.UU. siguen realizando pruebas selectivas centradas en la capacidad alfabético-matemática.”

Es que mediante la palabra, el hombre intenta comprender el mundo; provisto de la palabra, se lanza a la aventura de pensarlo y, con la palabra, expresa la concepción que se forma sobre los otros y sobre las cosas. El lenguaje es un fenómeno cultural, un producto social. Tal como afirma el pensador Émile Cioran: “Uno no habita un país, uno vive en una lengua”. Cada vez con menor frecuencia y destreza, utilizamos esta herramienta imprescindible de la comunicación. Casi no nos reunimos a hablar, a debatir. No sólo se desalienta la discusión, sino que se crean activamente las condiciones para que, al encontrarse, las personas no puedan hablarse. En nuestras reuniones – desde las discotecas alienantes a las bodas estruendosas –, el ruido atronador ahoga hasta los más empeñados intentos de practicar el acto intrínsecamente humano de dialogar, de intercambiar palabras. Las conexiones que se establecen escuchando un pensamiento vivo

en desarrollo son mucho más estrechas que las logradas mediante la mirada. Con el habla y el oído, se participa; mirando, se es un espectador.

Hoy es evidente que habitamos la cultura de la mirada. Si bien a menudo se critican, no sin razón, diversos aspectos relacionados con el contenido de las emisiones televisivas, su influencia más trascendente se ha hecho sentir en nuestra forma de concebir el mundo y, sobre todo, de acceder a él. La televisión creó una nueva figura: el “video-niño”, como tan acertadamente lo describe Giovanni Sartori. Es que el “tele-ver” y el “video-vivir” actuales han llevado a que la imagen termine desplazando por completo a la palabra, transformando así al *homo sapiens*, productor y producto de la cultura escrita, en el *homo videns* de Sartori o el *homo sentiens* de Ferrarotti.

Hoy la primacía recae sobre el ver: la palabra cede su sitio a la imagen. Esto retrotrae al espectador a su calidad de animal vidente y lo aleja de la singularidad simbólica que lo diferencia del animal. Lo representado en imágenes comienza a ser más importante que lo dicho con palabras.

Se está trasladando la comunicación del contexto de la palabra al de la imagen, lo que supone una modificación radical: para ver una imagen, basta con verla; para entender una palabra, es preciso comprender su significado. El mundo, que antes se relataba en palabras, hoy se muestra. El entender ha terminado por transformarse en ver.

Así como, según los Evangelios, “en el comienzo, fue el Verbo”, hoy “en el comienzo, es la imagen”. Esta metamorfosis está logrando cambiar la naturaleza misma del ser humano. La televisión no solo es un poderoso medio de comunicación sino una verdadera escuela, un completo programa de formación que termina por conformar un nuevo tipo de ser humano. Pasa a ser la primera escuela del niño, como afirma Sartori, “la escuela divertida, en comparación con la aburrida, que vendrá más tarde”. Ese niño, formado en la primacía de la imagen, termina siendo un adulto indiferente al estímulo de la lectura y del saber que transmite la cultura escrita. El “video-niño” se convierte en un adulto empobrecido, educado en la concepción de que la cultura es “aburrida”, marcado indeleblemente por una atrofia, una carencia del saber, que promueve la actual “cultura de la incultura”. Por otra parte, la pérdida de la capacidad de abstracción del “video-niño” tiene serias consecuencias, porque también lleva a perder la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso. Esto se debe a que su sentido crítico es menor que el del animal simbólico, aquel que maneja símbolos abstractos.

Termina así conformándose, para Sartori, el hombre del pospensamiento, que le recuerda al “hombre bestia” de Giambattista Vico:

“incapaz de una reflexión abstracta y analítica, que cada vez balbucea más ante la demostración lógica y la deducción racional, pero a la vez se fortalece en el sentido del ver y en el fantasear, explorando mundos virtuales. Ese hombre, que ha perdido la capacidad de abstracción, es incapaz de racionalidad y termina convertido en un animal desprovisto de la posibilidad de sostener y menos aun de alimentar el mundo generado por el homo sapiens.”

Por estas razones, el mundo construido por medio de imágenes resulta desastroso para la educación de un animal racional. La ignorancia se está convirtiendo en una virtud porque el culto de la imagen está reprecigiando lo irracional.

Muchos sostienen que la pérdida de la cultura escrita está compensada por el fortalecimiento de la visual. No necesariamente esto es así, pues ambas tienen bases antagónicas. Al abolir la capacidad de abstracción, de reflexión y de pensamiento, la cultura audiovisual predominante, carente de una elaboración que la convierta en una forma de expresión artística, es esencialmente inculta. Por eso, el regreso de la capacidad de pensar sólo tendrá lugar si sabemos defender a ultranza la lectura, el libro, en una palabra, la cultura escrita.

Ferrarotti, cuando habla del Homo sentiens que ha sido mencionado, dice:

“la lectura requiere soledad, concentración en las páginas, capacidad de apreciar la claridad y la distinción. [...] Pero el homo sentiens tiene características opuestas, la lectura le cansa. [...] Intuye. Prefiere el significado resumido y fulminante de la imagen sintética. Esta le fascina y lo seduce. Renuncia al vínculo lógico, a la secuencia razonada, a la reflexión que necesariamente implica el regreso a sí mismo. [...] Cede ante el impulso inmediato, cálido, emotivamente envolvente. Elige el vivir según la necesidad, ese modo de vida típico del infante que come cuando quiere, llora si siente alguna incomodidad, duerme, se despierta y satisface todas sus necesidades en el momento.”

Aunque pretendemos colocar a la palabra en el centro del aprendizaje, las exigencias de la modernidad nos llevan a prestigiar formas de expresión cada vez más libres. Se dice, ¿cómo se puede aprender escuchando? Se pretende que no haya silencio, que todos se puedan expresar. Esto no hace sino agravar el mal con el pretexto de corregirlo. Los niños ingresan a la escuela con un lenguaje simple y por lo tanto con una visión del mundo primaria y maniquea. Enseñarles la lengua es, precisamente, hacer

que aprendan la diferencia entre la palabra privada y la pública. Sólo un conocimiento profundo de la lengua que es, en esencia, creadora de sentidos y de lazos, fuente de comunidad y de urbanidad, permite escapar a ese maniqueísmo y a la tentación a la violencia. Esta cuestión crucial se escamotea cuando se somete el aprendizaje de la lengua al dogma de la pura expresión.

Aprender a leer y escribir no implica tomar de entrada el poder sobre los otros y liberarse de los lazos de dependencia. Supone insertarse en un orden simbólico común, en una herencia. Como lo señala Paul Ricoeur: "La toma de distancia, la libertad con respecto a los contenidos transmitidos, no puede constituir la actitud inicial. Por la tradición nosotros nos encontramos ya situados en el orden del sentido y, por eso, también de la verdad posible".

El problema actual de la educación reside en mi opinión, en el hecho de que, ocupados en comunicarnos, ya no nos proponemos transmitir. La comunicación ha devenido en medio y en fin. La escuela se convierte en una olla común de individualidades o de identidades de todos quienes tienen algo para decir, lo que es juzgado como igualmente valioso. La lengua se concibe como un utilitario medio de comunicación y se consolida la idea de que el principal problema de los jóvenes es la inhibición expresiva. Por eso es preciso vivir en la espontaneidad. Se privilegian el intercambio, la comunicación, el debate. La escuela tiende a adaptarse tanto a la sociedad en la que vivimos que ya no se distingue de ella. Tratamos de que sea deglutida por la sociedad, en lugar de preservar lo que las diferencia.

Porque olvidamos que, por ejemplo, no solo se aprende a hablar expresándose, sino que se lo hace leyendo y escuchando. Antes, a los niños se les decía: "He ahí nuestra lengua" y se les invitaba a aprenderla, a sumergirse en ella, a memorizar poemas porque son los poetas quienes mejor la conocen. Hoy se les dice: "Habla". Desde el inicio se prefiere la comunicación a la transmisión. La idea y hasta el vocablo mismo de transmisión han desaparecido del discurso de los reformadores de la educación porque, en una sociedad que se pretende democrática, resulta cada vez más difícil admitir lo que supera, tolerar la trascendencia.

Para formar a los alumnos en el espíritu crítico, tan valorado en el discurso actual, es preciso que desarrollen la capacidad de admiración que supone la distinción basada en la asimetría. Esta dialéctica es cada día más difícil de practicar en una sociedad signada por el relativismo cultural y moral en la que, precisamente, distinción y jerarquía son

conceptos prohibidos. Por eso, la escuela resulta cada vez más extraña al mundo actual, porque se trata de un lugar jerárquico en el que los roles de los actores no son intercambiables. De serlo, la escuela perdería todo sentido.

Por eso, en pocas palabras, para que la lectura y la escritura vuelvan a convertirse en los pilares de la educación, es preciso que recuperemos el coraje de enseñar.